

LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA TAMBIÉN TIENE UN COMPROMISO SOCIAL CON EL PAÍS



Por: **Felipe Carrillo**
Representante estudiantil ante el CESU
Intervención

Durante centurias las aulas universitarias fueron testigos mudos de los adelantos en los campos científico y social del hombre. En recintos similares a éste en que nos encontramos, se han trazado en buena parte los destinos de la humanidad, y se han creado los medios que le han permitido acercarse más a la naturaleza y al hombre mismo. Las universidades adquirieron una importancia tal en la sociedad y en su dinámica, que no ha habido hasta hoy ejército alguno que haya traspasado fronteras con tanta facilidad y conquistado culturalmente a tantos pueblos como ellas. Sin embargo, el camino que tuvieron que recorrer la ciencia y la universidad fue largo y tedioso. Muchos fueron los enemigos que trataron de someter a juicio el conocimiento y los creadores del mismo.

La universidad colombiana no constituye una excepción a este camino lleno de dificultades y escollos.

Igual que en otros países, la academia aquí ha tenido que luchar contra muchos obstáculos, pero quizá uno de los más grandes ha sido la proliferación y vulgarización de los centros de enseñanza superior. Colombia tiene actualmente más de 150 centros de educación superior, y quizás cuando yo termine esta intervención ya estará en plan de ser creada otra institución. Francia, país que vio nacer la más antigua de las universidades existentes en el mundo, sólo cuenta con algo más de 60 universidades. Alguien desprevenido y desconocedor del tema podría pensar que Colombia está académicamente muy por encima de Francia, pero la realidad es diferente.

Desafortunadamente, en nuestro país cuando un político tiene un “sentimiento especial” por una región es seguro que allí pronto nacerá una universidad o se “fortalecerá” otra, sin importar el daño que se le haga a la academia en su propio nombre, o el engaño que se le



hace a jóvenes que en muchos casos no tienen ni la vocación, ni los medios para emprender el duro camino de la academia. Si bien es cierto que el país está saturado de médicos, abogados, ingenieros etc., tampoco es menos cierto que las epidemias no han dejado de atacar las clases marginadas de nuestra sociedad, que la mortalidad infantil se sostiene en cifras alarmantes, y que muchos detenidos en las cárceles esperan años antes de ser mal procesados y peor defendidos; así que decir que hay muchos profesionales que atiendan las necesidades de la población en este país resulta por demás irónico. Podríamos decir que tenemos muchos candidatos a burgueses a través de la medicina, del derecho o de la administración, pero pocos profesionales competentes comprometidos con la sociedad y conscientes de su misión dentro de la misma.

En Colombia, igual que en cualquier otro país que aspire a no depender eternamente de sus cosechas de café o de banano, el fortalecimiento de sus centros de educación superior es prioritario si quiere que su destino no sea la miseria y la invasión cultural, académica y hasta política. La universidad colombiana puede ser la brújula clave que nos indique el camino para sacar al país de la encrucijada en que se encuentra, pero para eso es necesario saber a dónde queremos llegar y qué canales escoger. Si no sabemos bien cuál es nuestra meta, será muy difícil llegar algún día alcanzarla. Debemos tener claro cuál es la misión de la universidad colombiana, si el deseo es competir por crear carreras nuevas a granel y posgrados de tercera categoría, graduar profesionales por millares, sin importar su calidad y su pertinencia, o si, por el contrario, lo que se pretende con ella es luchar contra la ignorancia, elevar los ínfimos niveles actuales de investigación y superar la falta de compromiso social de los profesionales.

Para que la universidad cumpla su misión con altura no sólo es necesario saber hacia adonde quiere ir, sino fijarse puntos de mira muy elevados. Decía el poeta portugués Pessoa "La luna brilla por igual en el mar y en los pequeños charcos, porque está lo suficientemente alta".

En ese infinito camino por recorrer que es la ciencia, las universidades deben buscar vínculos mucho más estrechos que los actuales. Hasta ahora se ha mirado,

muchas veces con recelo y desprecio, desde la orilla de la universidad pública a la privada y viceversa. Si carreras como economía en la Universidad de los Andes desapareciera con toda seguridad la más perjudicada sería la Facultad de Economía de la Universidad Nacional; si el departamento de filosofía o la Facultad de Medicina de la Nacional cerraran sus puertas con seguridad que perderían todas las universidades y el país entero. Todas las universidades tanto públicas como privadas deben tener claro que quien gana o pierde con un logro o un fracaso no es una universidad en particular, sino la academia y la ciencia del país. Ambas universidades tienen que dejar de ser como dos esfinges en un templo griego, que están colocadas la una frente a la otra, y que siempre se miran, pero nunca se ven.

Por último, creo que es necesario devolverle a la universidad su pertinencia dentro de la sociedad. Pertinencia entendida no como una fábrica de títulos que le permiten a sus egresados posicionarse con un buen salario, sino aquella que cumpla el fin para el cual fue creada. Generar conocimiento para entender la naturaleza y el hombre y propiciar justicia social por medio de ese conocimiento y de quien lo genera. El futuro de la universidad será viable y tendrá justificación y presentación en la medida que pueda construir un amplio tejido social. De poco o nada servirán las luchas por presupuesto o los discursos que reclaman más recursos, si lo que se pretende es defender una universidad de espaldas del país, o el lucro personal de sus egresados.

Como estudiante, a pesar de ser aquí minoría, que pertenece a la gran masa que hace posible la existencia misma de la universidad, me comprometeré a aportar lo que esté a mi alcance en la búsqueda de los caminos para que nuestros institutos de educación superior sean formadores de hombres integrales. Hombres conscientes de que la solidaridad es más valiosa que el egoísmo, y de que pagaremos más caro por la codicia que por la generosidad. Hombres que comprendan que el saber no sirve de nada sino se lo retribuimos a la sociedad y que vale la pena arriesgarse por ello. Al fin y al cabo, el riesgo sin conocimiento puede que resulte peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil.&